

TEXTO 1

Al final del arco iris

Felipe Estupiñán Palacios

(Texto adaptado)

- ¡Mira, un arco iris! – exclamó Guillermo, señalando con su dedo índice hacia el cielo.

De inmediato emprendimos veloz carrera subiendo a toda prisa hacia el cerro donde se ubicaba el mirador de San Bartolo, aquel que mostraba una cruz en la cima.

Luego de algunos minutos, jadeando, con la respiración acelerada, observamos el fenómeno natural que parecía empezar, o terminar, en el mar, a cientos de metros de la orilla, detrás de unos islotes.

- ¡Es lindo! – exclamó nuevamente Guillermo, sentándose sobre el suelo sin apartar la mirada de él.

- Sí – lo seguí, sentándome a su lado.

Desde la noche en que el abuelo nos contó aquella historia del arco iris, apenas veíamos uno corríamos alocadamente a un punto alto intentando ubicar desde ahí su origen, o final.

- ¿Crees que sea cierto lo que nos dijo el abuelo? – preguntó Guillermo, mi hermano, cuatro años menor que yo.

- Quién sabe – respondí sin apartar la vista del cielo.

- Mamá dice que al abuelo le gustaba inventar historias.

- Quizás algunas veces lo hacía, pero tengo la certeza que con esta no lo hizo.

Cuando el arco iris se desvaneció en el cielo, nos pusimos de pie y empezamos a descender del cerro. Era marzo y eran pocos los veraneantes que aún quedaban en la playa, y en el balneario, que se hallaba casi desierto. Nuestra familia había alquilado la casa por todo el mes y todavía nos restaban dos semanas antes de retornar a Lima y empezar las clases en el colegio.

- El abuelo nos aseguró que si ocurren tres arco iris en el lapso de diez días, significa que el duende que cuida el tesoro que se encuentra al final de él, ha muerto.